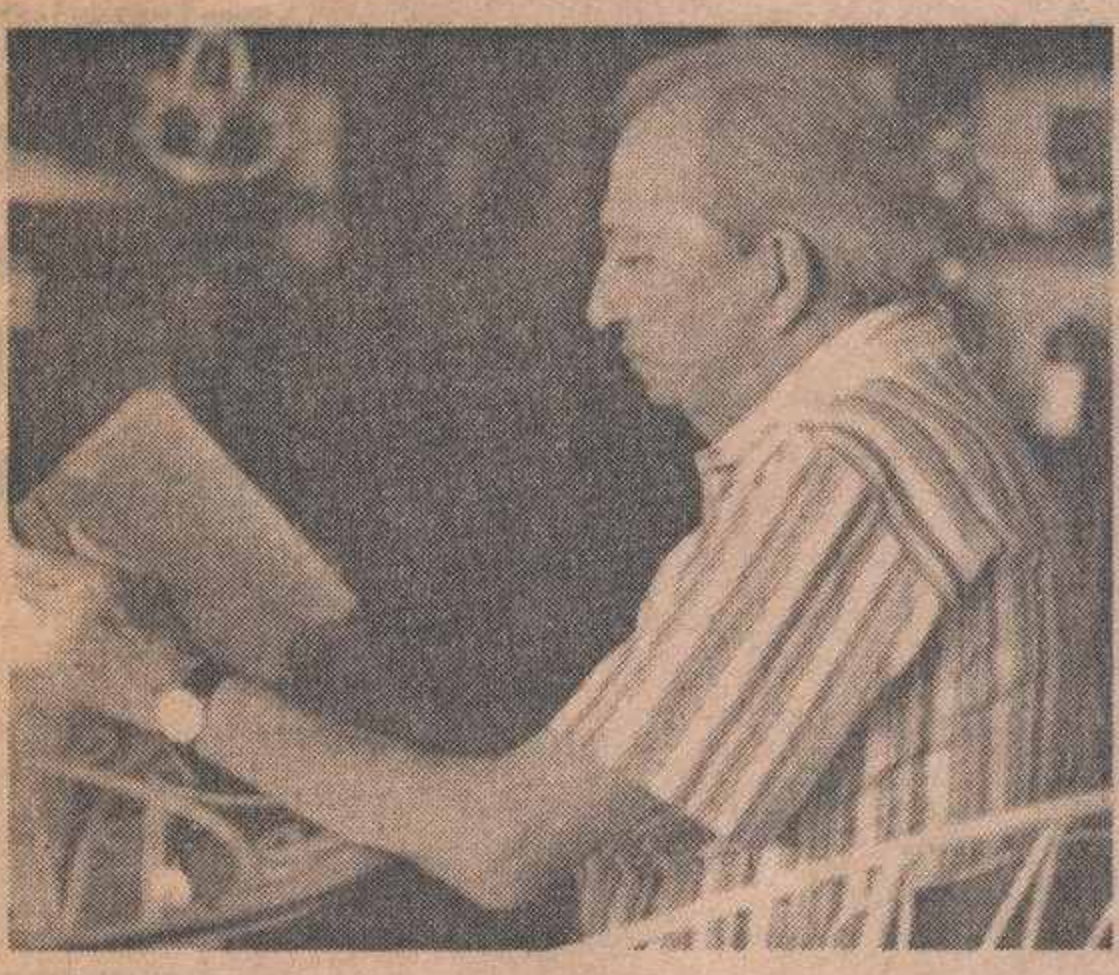
El Nacional 29-12-92

Venimos de Gerbasi hacia Gerbasi vamos



LUIS ALBERTO CRESPO

Diciembre siempre miró como Vicente Gerbasi. ¿Sería acaso por esa "luz de conejos" que limpia el aire y la tierra desde Canoabo a lo incomesurable? Nadie tuvo tanta blancura en lo que decía. Su manera de existir, por y en la palabra, en el mundo y después del mundo, fue comienzo de epifanía, entendimiento purísimo con aquella nube de trueno en el follaje de su casa de infancia, en la calle Caramacate, muy cerca donde las "grandes hojas sudorosas" dejaron el sudor del rocío en su pantalón y en el ijar de su caballo hasta que ganaba los bambúes de la carretera que va con la memoria y el ave quiquina derecho o terciéndose por la orilla del valle de Montalbán, cuando me sigue diciendo, en el viaje que juntos emprendimos a la plaza de la aldea donde los campesinos y sus burros lo aguardaban para que dispersara, por la boca del micrófono, su invocación de la infancia, aquella primera vez de relámpagos y perfume de cafetales con la que inició su inteligencia poética uniendo los astros a la gota del río, el día a la peremnidad, el hombre a lo sagrado, la rama más frágil al Cosmos.

En ese entonces Caonoabo fue un regreso a la penumbra de la iglesia donde Vicente Gerbasi regó las páginas de "los espacios cálidos" y el eco de su voz se mantuvo largamente entre los santos antes de alcanzar el valle y las montañas por las que su infancia dio la espalda a las esquinas de labriegos y al rostro de la madre, cuya mirada parecía fija "en un bosque lejano", mientras al padre empuñaba la brasa de su corazón, sin saber que sus huesos tenían la consistencia del musgo del pequeño campesanto en los que se perderían entre la hierba del capi melao y las bromelias.

Inclinado sobre las aguas del pequeño río rozaba casi el costado de su casa, Vicente Gerbasi me mostró la huella interior de su adiós al desconsuelo de la paloma torcaz y el estremecimiento del universo entre las hojas, a medida que la selva de Urama entraba hondamente en su ser y le iba diciendo, hasta el último ceibo y la postrera flor, ello que quedaba de tigre y de mariposa, cuánto de sí mismo duraría en la umbría y sus criaturas de grito y canto, más allá de Puerto Cabello, todavía en el filo de la alta mar que le prometía las costas del mar Tirreno, las colinas del pueblo de los Gerbasi y el idioma dulcísimo de Florencia, donde su adolescencia aprendería los versículos del infierno de Dante, las imágenes de la fuente de Petrarca, el pensamiento crepuscular de Leopardi, las canciones sencillas de Páscoli y el verbo amargo de Calvancantti.

Ya no sé en qué distancia del olvido situar el camino que hicimos a Canoabo Vicente Gerbasi y yo; pero sí el instante cuando su perfil y su mano quedaron detenidos entre la luz de la calle Caramacate y el sendero y dos caballos por los que su recuerdo memorizaba el adiós a la aldea y su lágrima en la proa del barco con su bandera italiana y sus alcatraces. Digo que en ese instante comprendí la inmesidad y sus alcatraces. Digo que en ese instante comprendí la inmensidad de palabra y sentido de "Mi padre el inmigrante" y supe para toda la vida cómo la tierra de Canoabo era el mundo reencontrado en el milagro de una imagen que podía unir la nieve y el verano, el trigo y el maíz, el pino y el helecho, haciendo barro y polvo la desdicha y la fiesta del hombre donde antes reinaba el vacío o formando con el sentimiento y la razón un espacio íntimo capaz de hacer convivir el arriba de las constelaciones y el arriba de la orquídea.

Cada brillo del mirar de Vicente Gerbasi al saludar al amigo de la infancia, al reconocer una ventana, al respirar un follaje, al seguir el gavilán al entrar en un niño, me regalaba, de nuevo, el goce y el desasosiego de "los espacios cálidos". "Te amo, infancia, te amo", leía en sus pupilas. Su traje claro en medio de la gente; su cabello con viento del lugar; sus manos abandonados sobre su pecho y la voz suya imaginando, fundando, cada pasado como si así lo invisible recobrara su apariencia, aún en su parte sombría, de desgracia y nunca más, quedarán entre su escritura y su paso por nosotros, sin ayer, indistintos, obra y existencia transfiguradas por la muerte, a la que de continuo entendió como una elevación a un adiós, cristiano y panteísta, dador de inocencia, jamás terrible, parecido al presentimiento de un ave en la sombra, de una flor secreta, exacto a la inmensidad de los astros y de los abrojes.

"Venimos de la noche y hacia la noche vamos", repite su palabra debajo de su lengua. Nosotros venimos de tí, Vicente Gerbasi, y hacia tí vamos. Como la tierra que ahora eres. Como el canto que ahora eres.

VENPRES